

Ernesto Quesada - Horacio González

Origen y actualidad de la interrogación sociológica por el arte

Por Herrera Nicolás

Lic. en sociología, UNLP.
hererranicolas@hotmail.com

En los orígenes del discurrir académico de la sociología nacional¹, la pregunta por la relación entre ciencia y arte no podía ser desvinculada de la discusión acerca del status científico de la sociología. Aquellos que como Goussac o Cané encarnaban la cultura literaria y estética nacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX, enriquecían una polémica en el campo intelectual argentino enfrentados a pensadores ligados al cientificismo positivista de la talla de Ernesto Quesada. Asimismo, las implícitas formulaciones de Ingenieros y Ramos Mejía en torno a la conveniencia de no escindir el lenguaje de la ciencia del lenguaje de la novela llamada “naturalista”, sumaban diversas dimensiones a un debate crucial en el pensamiento nacional de la época.

Mientras Goussac, desde el directorio de la Biblioteca Nacional, afirmaba que el nivel de certeza de las ciencias históricas no era aún *“el de necesidad y certidumbre, sino el de contingencia y verosimilitud”* dando lugar a construcciones como las de la antropología positivista que *“se compone de afirmaciones gratuitas en lo principal, y de coincidencias vagas, sin precisión ni eficacia, en lo accesorio”*; Cané se mostraba escéptico ante la posibilidad de encausar la construcción de un saber sociológico fundado sobre los cánones de la ciencia moderna.

Este último, desde el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, apelaba a la falta de consenso entre quienes cultivaban las disciplinas sociales para instituir una crítica no menos carente de cinismo que la expuesta por Goussac. Opinaba que si se le encargase a veinte idóneos profesores de sociología la preparación de un programa de la materia, *“tengo la seguridad que presentaran veinte programas diferentes”*, en tanto que entre veinte profesores de geometría, *“no habrá uno solo que se atreva a calumniar a la hipotenusa, atribuyéndole costumbres que no tiene”*. Así, según Cané difícilmente pueda decirse *“sociología en el mismo sentido que se dice álgebra o mecánica”*. Los dardos de

¹ La primera cátedra de sociología fue creada por resolución de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires durante 1898 y ocupada, a falta de un titular, por quien en ese momento era el suplente de la cátedra de Historia, Antonio Dellepiane. Sin embargo la materia tuvo una corta duración y solo se dictó durante el transcurso del año 1899. Pasados 5 años la cátedra se reabre cuando Miguel Cané ocupa, por segunda vez, el Decanato de dicha facultad y designa como titular a Ernesto Quesada dejando en suspenso ricas y ásperas discusiones en torno a “la cuestión nacional” (el idioma) y “la cuestión social” (la relación capital-trabajo y la coyuntura obrera) que ambos habían entablado en la escena cultural argentina de fines del siglo XIX.

Cané, hundiéndose en las zonas más sensibles de la científicidad sociológica nacional, acertaban con burlona benevolencia: “*Estudiamos la vida de los hombres en sociedad como estudiamos la vida de las abejas en la colmena: son contribuciones a la gran síntesis futura. Pero no creamos que, si se nos llena la boca con palabras, conseguiremos llenar el cerebro de ideas*”.

Aun así el credo iluminista en el progreso del hombre a través del avance del saber, sumado al gran impulso positivista, hizo del desarrollo de una interrogación sobre lo social una ciencia como tantas otras. Si desde la cultura estética y literaria, Goussac y Cané, cuestionaban la capacidad de la interrogación sociológica de volverse ciencia; Ingenieros y Quesada no dudaban de ello. Sin embargo estos pensadores ligados al positivismo nacional no veían la necesidad de alejar al arte de la interrogación social para que ésta se asiente sobre las bases de la ciencia moderna. Hacia 1902 Ingenieros escribe un estudio sobre *Libro extraño*, la novela del médico Francisco Sicardi, defendiendo la necesidad de un compromiso literario en la práctica de las ciencias, donde ciencia, arte y filosofía constituirían esferas no autónomas unas de otras, sino articuladas bajo la consigna de una “nueva crítica”. Un poco antes, Ernesto Quesada publicaba *Dos novelas sociológicas*, texto en el que aborda esta articulación entre novela y sociología bajo una óptica, que si bien se separaba de la de Ingenieros en cuanto creía que la subjetividad del artista podía interferir en la necesaria objetividad del científico, no excluía la aceptación de “sensibilidades comunes” entre la literatura y la sociología.

Así las cosas, vemos que la discusión sobre el status científico de la sociología se encontraba desde los orígenes académicos de nuestra disciplina tensionada por la relación entre arte y ciencia. En la actualidad, el aparente acuerdo académico que existe sobre el status científico de la sociología parece haber suturado algunos de los viejos cuestionamientos epistemológicos sobre este saber. Sin embargo, el fondo último de aquellas interrogaciones ha dejado abierto el camino a una discusión entre tradiciones sociológicas tantas veces enfrentadas. Me refiero a la ya centenaria disputa al interior de la sociología entre “cientificismo” y “ensayismo”. Disputas que no hacen más que reintroducir en nuestra cotidianeidad la polémica entre ciencia y arte.

La vulgarización coyuntural del debate académico actual en torno al lugar del arte en las ciencias sociales modernas, parece polarizar posturas dicotómicas entre aquellos ligados al “cientificismo” -quienes no encontrarían relevancia sociológica en la pregunta por el arte (olvidando su origen)- y aquellos “ensayistas” que se arrojarían la pertenencia de dicha pregunta como lugar fundante de su ser.

Este trabajo, de carácter ensayístico, se plantea con nombres propios la siguiente hipótesis: la relevancia sociológica por la interrogación literaria no es propiedad de banderismo sociológico alguno (si estos existiesen como tal) sino de la sociología misma. De ello darán cuenta los testimonios de Ernesto Quesada y Horacio González. Sociólogos argentinos que abordaron la interrogación por el arte desde dos tradiciones sociológicas a quienes hoy se enfrenta por sus focos, medios, fundamentos y formas de interrogación; pero que aquí encontraremos unidas por una misma preocupación que nos muestra un origen y una actualidad en común: la relación entre sociología y literatura.



Antes de introducimos en el análisis sociológico que ambos autores hacen de las obras literarias que interrogan, me parece imprescindible formularnos las siguientes preguntas: ¿Bajo que criterio temporal analizan estos autores el hecho literario? ¿La obra tiene un tiempo epocal al que quedaría circunscripta documentariamente? O ¿La obra literaria al revelar un ser intemporal del hombre no puede anclarse a época alguna, sino a todas?

Digámoslo sin mayores preámbulos: mientras el gran merito que Ernesto Quesada encuentra en las obras literarias que aborda, está en ser ellas “documento epocal” a interrogar sociologicamente; González no orienta su mirada en el mismo sentido. Quesada ve en la novela social un documento que logra dar cuenta del modo en el que ciertas configuraciones sociales se daban en ese tiempo y lugar histórico en el que la obra se escribe y describe. La obra, al estar anclada a la época que aborda no se plantearía condiciones de universalidad ni trascendencia epocal, sería nada mas ni nada menos, un documento de época. El modo de interrogación de Horacio González es otro. Al no encontrar en la obra literaria una descripción epocal como punto central de interrogación, su abordaje sociológico esta centrado en la descripción de una cualidad inmanente del hombre en sociedad, que como tal no puede ser reducida a un momento histórico determinado y quedar encerrada en las cuadrículas del almanaque. Así, la literatura vendría a colocarse en el lugar de quien recuerda algo siempre habido entre nosotros que no dejará de actualizarse. Literatura que recuerda y anuncia aquello que acontecerá de modo indefectible.

Ambas lecturas sociológicas parecen enfrentarse en la localización espacio-temporal que del hecho literario a rescatar hacen cada una: si el foco de interrogación sociológica de Quesada esta puesto en la descripción documentada que la literatura de época hizo sobre *la crisis bursátil argentina de 1890*, el foco de Horacio González será alguna de aquellas cualidades humanas que nos constituyen culturalmente: *e ejercicio político del poder*.

Oigamos el punto, y el tono, de este diferencial analítico. Dice Quesada,

“La sociedad argentina tuvo en aquel entonces un carácter definido y típico. ¿Presentan estos libros una pintura exacta de aquel estado de cosas? ¿Podrán en un futuro más o menos lejano servir como documento literario fidedigno para que por sus páginas se juzgue a la sociedad del país en aquella época?

¿No será acaso esta clase de libros tachada de manifiesta parcialidad y tendrá por ende que prescindir de ella en definitiva la Historia? Por el contrario, la pasión misma que los ha creado (...) les comunica cierta palpitación de vida que los recomendará como documentos para el futuro historiador.”²

La utilización repetida de la palabra *documento* intercalada con la de *época* da cuenta, junto a la aceptación de Quesada por la utilidad analítica de dichos escritos, de ese anclaje histórico al que anteriormente hacia mención. Oigamos la opinión de González en torno a la adscripción epocal del hecho literario, que sin ser dialéctica o circular da cuenta de la repetición en la historia.

“Siendo así, la *literatura de anunciación* prepara el camino de su verificación en cada época que se sitúan sus lectores y al mismo tiempo tranquiliza diciendo que si las ruinas se hacen cíclicas o periódicas, es porque son una ruina domeñable y en el fondo amistosa (...) De este modo, lo que hay que explicar no es la facultad profética de Arlt sino porqué permanece como lectura viva a pesar de que su profecía está preparada desde el comienzo para derramar su eficacia, época tras época.”³

Dos modos disímiles de la interrogación sociológica por el arte. Una, la de Quesada, fijada en el documento histórico que da cuenta de un contexto de época; y otra, la de González, que cala la historicidad del *escritor y su época* al dar cuenta de un rasgo diferencial y ahistorico del desenvolvimiento humano. Mientras el documento en Quesada vendría a reflejar una historia ya ocurrida, la literatura de anunciación en González daría cuenta de una profecía siempre actualizada en la historia. Si para Quesada la obra literaria describe un rasgo de la historia social en el discurrir humano, para González la obra literaria da cuenta de una rasgo humano en el discurrir histórico-social. Sin más: para uno *la crisis financiera de 1890*, para el otro *la política como manifestación del poder*.

ن

¿Nos detendremos á levantar el velo que encubre á las operaciones fraudulentas? ¿Seguiremos al señor Martel en la explicación de las diversas formas de *matufia*, de *tongos*, de *gatos*, etc.? Pasemos por sobre tan espinoso asunto. Hay páginas en las novelas de Ocantos y Martel que hacen erizar los cabellos y espeluznar al más corriente de los mortales...
E. Quesada

² Quesada, Ernesto. *Dos novelas sociológicas*.

³ González, Horacio. *El problema de las literaturas de anunciación*. En *Escritos en carbonilla*. Cursivas del autor

Ernesto Quesada regresara al país en los primeros años de 1880 luego de viajar por el mundo siguiendo los itinerarios diplomáticos de su padre. Bolivia, Brasil, Estados Unidos, España, México, Alemania, Austria, Rusia y Francia serán parajes de un transcurrir vital que quedarán sellados en el pasado cuando en los 80' Quesada forme parte del famoso “banquete de los incondicionales” que era políticamente afín al régimen de Juárez Celman. La sociedad que encuentra Quesada a su regreso se muestra totalmente atrasada, encerrando solo un rasgo y símbolo de modernidad en su metrópoli, Buenos Aires.

La leve melancolía que invade sus escritos del momento, ante el fin de una época *tan sui generis y atrayente*, se encuentra superada por el ánimo de celebración de esa *vida febriciente y mareadora de esta Buenos Aires, tan yankee por el torbellino de sus negocios y por la atmósfera mercantil estupenda en que esta revuelta*.⁴

Esa Buenos Aires cosmopolita, símbolo del progreso y la modernidad, será el escenario de sucesivos y rápidos cambios de la sociedad argentina. La elite argentina, a la cual Quesada pertenecía, veía sombríos vaticinios en los modos de vida en los que el país se encontraba envuelto por una inusitada sed de riquezas. Cané y Groussac, quienes compartían las filas de la elite nacional junto a Ernesto Quesada, veían en el carácter de “factoría ultramarina” que asumía Buenos Aires, el fondo mismo de todos los males de una época en donde la llegada de infinitos barcos de ultramar, cargados con miles de emigrados europeos, reintroducía en sus filas viejos problemas de Estado y formación de Nación. Si las generaciones anteriores se habían planteado que para gobernar el país debían poblarlo con buenos genes europeos y civilizar la pampa; ahora dicha población ultramarina era un problema irresuelto. La “cuestión nacional” planteaba el problema desde el lugar del idioma; mientras que la llamada “cuestión social” definía un sinfín de inconvenientes de sociabilidad ciudadana en torno al trabajo planteados por la relación entre criollos y extranjeros.

Durante la primera mitad de la década del 80' las inversiones extranjeras llegadas al país habían logrado solventar un periodo de acelerada expansión económica basada en un desarrollo agrícola que no logro sostenerse debido a la progresiva caída de los precios de los productos exportados, y principalmente por la imposibilidad de seguir consiguiendo crédito externo. A fines de 1889 la situación de la balanza de pagos de la argentina era insostenible y el pago de las deudas asumidas por el país no podía lograrse ya mediante el aumento del crédito externo. Durante un breve lapso, la crisis no se manifestó en el área de la producción sino que se alojó perdurablemente en el de las finanzas. La política elegida por el gobierno de

⁴ Quesada, Ernesto. *En torno al criollismo*.

emitir circulante, sumada a una especulación generalizada, constituyeron factores que agravaron la inevitable crisis financiera. El mismo Juárez Celman reconoció el desastre que causaba esta última: “El crédito se encarece por demanda de capitales para el juego; no hay dinero para el comercio y la industria; todo el dinero, todos los capitales de la República son atraídos por la vorágine de la Bolsa.”⁵

En la coyuntura de esta crisis económico-política, y bajo la preocupante tarea de construir una nación en la que se encontraba la elite gobernante, es que en 1890 y 1891 se escriben las novelas de Julián Martel *La Bolsa. Estudio social* y *Quilito* de Carlos María Ocantos respectivamente⁶. Simultáneamente Ernesto Quesada publicara en 1891 su ensayo *Dos novelas sociológicas* en el que abordara los problemas suscitados por dicho paisaje sociológico a través de la interrogación de las novelas antes mencionadas.

El justificativo que Quesada encontraba para interrogar sociológicamente estas dos obras literarias no era menor; según él el carácter común de estas dos novelas era haber

“queriendo fijar en sus páginas la fisonomía fugitiva de nuestra sociedad en un momento altamente interesante y han elegido uno de aquellos instantes críticos que sirven en la época contemporánea de manifestación aguda al más grave de los problemas, la cuestión social”.⁷



Es *La Bolsa* el escenario que elegirá Martel para pintar un paisaje de época en el cual el mundo bursátil anida en su crisis financiera un drama nacional. La especulación inusitada se pliega a una conflictiva relación entre capital y trabajo que se mostraba inusitadamente novedosa para esta elite gobernante de un Estado nación de cepa liberal, que mientras no quiso interferir en el mercado de trabajo ni en el de valores, no supo regular la entrada al país de ese elemento siempre extraño y disonante; el extranjero. Para Martel el aluvión inmigratorio de fines del siglo XIX traía consigo “un cambio de paisaje, un nuevo (des)orden en la estructura social que anuncia el drama agregado de las multitudes.”⁸

La contradicción que el extranjero le insumía a la pampa se resignificaba por ser él, quien antiguamente fue buscado para poblarla y desinfectarla de barbarismos localistas, mientras que ahora representaba todo los males sociales de la época. El idioma materno, su cultura y su práctica militante eran vistos como inasimilables en la construcción de una nación en crisis

⁵ Panettieri, José. *La crisis de 1890*, en Historia Testimonial Argentina, cuadernos vivos de nuestro pasado; ED centro editor de América Latina.

⁶ Julián Martel es el alias que adopta José María Miro, cronista del diario *La Nación* en el que aparece publicada la novela durante los meses de agosto y octubre de 1890.

⁷ Quesada, Ernesto. *Dos novelas sociológicas*.

⁸ Molina y Vedia, Delfina. *Novela y Sociología: Ernesto Quesada, comentarista del “Ciclo de la Bolsa”*; en *Historia Crítica de la Sociología Argentina*.

económico-política. Ahora los buenos genes europeos se transformarían en el germen infeccioso que ponía en peligro la salud vital del cuerpo social argentino. Si el Estado era culpable por su falta de selección de inmigrantes, estos serían vistos como los responsables del desenvolvimiento de la crisis bursátil.

Oigamos en boca de Miguelín, retrato no menor de la novela de Martel, el tono de esta contradicción:

La inmigración nos importa grandes beneficios, pero también en lo que no tiene cabida en el viejo mundo que viene a guarecerse y a medrar entre nosotros. El Gobierno debería ocuparse de seleccionar.

El nexo entre inmigrante extranjero y especulación bursátil se tejera con maestría en la pluma de Martel al ser ellos; los turcos mugrientos, charlatanes ambulantes, mendigos, bohemios idiotas quienes diseminan la fiebre de la especulación financiera como un virus por la sociedad argentina corrompiéndola en su ser. Seres extranjeros, que a diferencia del poblador local, no piensan en ganar un sueldo con el sudor de su frente, sino que creen poder derrotar a ese monstruo casi mitológico en el que se ha transformado *La Bolsa*; bestia que en su insaciable animalidad devorará a la mayoría de los que a sus fauces se acercan. Crítica llena de cinismo hacia el argentino ya infecto de especulación bursátil, es la que Martel retratará en estos dichos de otro de sus geniales personajes, el doctor Glow:

¡Ah Bolsa, Bolsa!, ¿por qué te cruzaste en mi camino? ¿Qué mano infame te abrió a mis plantas para que me tragases con tus fauces insaciables? ¿Eres tú la misma que me prodigo millones, palacios, coches, oropeles de toda clase? ¿Para que me los diste, si después me los habrías de quitar? ¿Es acaso tan malvada tu condición que solo me encumbras para tener el gusto de precipitar de más alto a tus favoritos en un día?

Los inmigrantes, en su doble culpabilidad (la de ser el motor de la febril especulación financiera, y la degradación moral de los pobladores locales), son en la novela de Martel esos “parásitos que se llevan, en definitiva, una riqueza que nos les pertenece y a quienes nada les importa la patria en sí misma. ¿Ladrones? Tal vez.”⁹ Leemos en Martel una crítica muy fuerte al carácter deshonesto y apátrida de la mayoría de los negocios fundados en la especulación bursátil y de quienes los llevan a cabo, en particular los inmigrantes, ese “tipo de hombres que carecen de moral social y que solapadamente explotan todo”, volverá a decir Glow. Pero la preocupación de Martel no se cierra en esta capacidad de infectar el sistema económico que poseen los inmigrantes, sino también en la peligrosa virtud que poseen para introducirse en las instituciones de estado. Nuevamente a través del doctor Glow, especie de médico higienista, Martel nos dirá que los inmigrantes judíos

⁹ Ídem.

“...ocultos en la sombra van avanzando paso a paso conquistando todas las posiciones, haciéndose dueños de la prensa y por lo tanto de la opinión, de la cátedra, de la Magistratura, del Gobierno, y cuyo triunfo será más seguro todavía si se les ocurre aprovechar el elemento socialista como fuerza de combate, y dirigir la revolución social espantosa que se aproxima.”

Ante esto, el pánico de la elite nacional ya es total. La crisis de un modelo de acumulación centrado netamente en la exportación de materias primas al mercado mundial, junto al ingreso masivo de inmigrantes europeos que sobrepasan las capacidades de absorción de una industria liviana naciente y se vuelcan a la especulación bursátil en ciudades ya atiborradas de gente, serán los elementos epocales que atraviesan una misma coyuntura; la de Quesada, Martel y Ocantos.

La velocidad en que la especulación hacia ricos a unos y pobres a casi todos, mantenía un diferencial temporal enorme con el trabajo honesto. Las rápidas fortunas hechas a través de la especulación eran vistas como el producto de un abuso deshonesto que se contraponían al trabajo metódico y honesto, típico del ser nacional. Desde la perspectiva de Martel lo terrible de la crisis no parece tener un fundamento más social que económico, el segundo consecuencia del primero. Es la crisis de la estructura social misma lo que esta en juego y no solo a causa de la inmigración, sino -y aunque esta le imprima su sello propio- de la movilidad social que permite la especulación bursátil. Este mismo paisaje sociológico es el que retratará Carlos Maria Ocantos en *Quilito*. Paisaje desolador en el que la crisis bursátil abre el drama de aquellos postergados o expulsados sociales que ven en la Bolsa la posibilidad de enriquecerse, de acceder a los círculos aristocráticos y formar parte de ellos.

“Todos los días hábiles se codean (en la Bolsa) los neófitos y los iniciados en el culto del sagrado becerro, que va a prosternarse ante el ara y a consultar el oráculo.”

Tal como afirma Delfina Molina y Vedia,

“En *Quilito* la mirada crítica no se centra solo en la Bolsa sino en la sociedad en sus múltiples dimensiones. Lo que podría ser la ‘mirada sociológica’ de Ocantos se corresponde más con aquellos abordajes sociológicos que privilegian la percepción que los individuos tienen de sí y de la situación en la que viven los personajes de la novela: sus sentimientos, sus costumbres, su sociabilidad y su interpretación de la realidad. *Quilito* es el nombre de la novela, pero por sobre todo el nombre del protagonista. Si *Quilito* como novela es el retrato de la sociedad, la tragedia del protagonista anticipa o sugiere la tragedia de la sociedad misma, enferma de fiebre bursátil.”¹⁰

Quilito escenifica la vuelta a casa del hijo prodigo, y con ello, la purificación de toda amenaza externa. Amenaza externa que en *La Bolsa* había apestado la sana y libre fluidez del mercado corrompiendo la moral nacional. Ambas novelas, al erigirse como fieles exponentes de la matriz moralista que dominaba la época, leían la crisis económico-social del 90’ como el

¹⁰ Molina y Vedia, Delfina. Escrito citado.

principio del fin, una suerte de huracán que barría toda la basura que contaminaba la limpieza de la ciudad liberal.

Esta literatura da cuenta paralelamente de un desacople en el interior de un sistema institucional que se presentaba inadecuado para asimilar el aluvión inmigratorio en una sociedad que empezaba a edificarse bajo las formas de la masividad. El centro de reflexión positivista sobre la nación que –planteado por Alberdi y Sarmiento– esperaba construir un camino hacia la modernización traía ahora a la palestra como novedad una emergente sociedad civil; pero en esta ocasión, de masas. La nueva dinámica social que esas masas aportaban consigo al desarrollo social, estaba imposibilitada de ser percibida por una cristalizada mirada oligárquica que solo veía en aquellas, simples “bultos de gentes” como enunciaba en *La Bolsa* el doctor Glow.

Para Quesada la tarea no era menor, y lejos de internarse en la matriz moralista de época que denotan ambas novelas, se trataba de pensar el desafío que representaba la construcción de una estructura institucional que transformara el campo de lo social en un espacio gobernable. De allí la importancia de los problemas derivados de la inmigración masiva y los conflictos suscitados por la modernización de las estructuras sociales y económicas. Para Ernesto Quesada se hacía necesario poner las cosas en claro y dar una respuesta a la conflictiva relación entre trabajo y capital que había dejado pasmadas y confundidas a las elites dominantes de nuestro país.

Abogado de profesión, Quesada se transformó en un pensador nacional ligado al reformismo político de la época intentando intervenir científicamente en los problemas sociales de su tiempo. Intelectual complejo y extraño, tal vez por extraño complejo, aborda la lectura de estas dos novelas sociológicas desde un científicismo positivista de matriz spenceriana y preocupación marxista. Si, así como se lo lee u oye, y tal vez más. Su credo positivista se asentaba en críticas y profundas lecturas de Comte, autor en el que encontraba los fundamentos teóricos y prácticos del desenvolvimiento científico de un saber sociológico que prontamente se equipararía epistemológicamente al desarrollo de las ciencias naturales. Sin embargo no acreditaba sin más en la doctrina comteana ya que veía en esta la supresión de la psicología en pos del desarrollo de la sociología bajo el modelo de la biología. Allí Spencer se volverá central para Quesada ya que aquel restituye la psicología entre la biología y la sociología. Para Quesada la conducta de los hombres en sociedad no podía comprenderse cabalmente sin explicar sus creencias y emociones. Si bien reivindicaba a Darwin, entendía que allí donde la indagación de este se restringía a un solo aspecto de la realidad, Spencer había elevado y aplicado con extrema brillantez la idea de la evolución al conjunto de lo real;

construyendo una cadena de los seres que muestra a la naturaleza y a la cultura como formas en desarrollo que obedecen a las mismas leyes.

Su credo en el progreso de la humanidad, ya esbozado en su deslumbramiento por la modernidad cosmopolita que brillaba en Buenos Aires, se vinculaba muy fuertemente con aquella idea darwiniana superada por Spencer acerca de la evolución de la especie. Esta evolución de la humanidad, en concordancia con la naturaleza, no hacia sino mostrarnos el desarrollo de las sociedades conforme a leyes. Sin saltarme a Marx, y para volver rápidamente a la idea de evolución social conforme a leyes, solo diré que para Quesada el gran problema de su tiempo era “la cuestión social”; y no era aquí sino Marx quien con mayor claridad había expuesto las modernas contradicciones entre capital y trabajo. A él había que remitirse para entender, explicar y transformar esa sociedad en continua confrontación.

La sociología debía solventarse como ciencia bajo los parámetros de un positivismo spenceriano que diese cuenta de la evolución de las sociedades conforme a leyes históricas. Había que entender con criterios científicos el desenvolvimiento de esas leyes en la historia para poder accionar políticamente en una practica reformista que solucionase las contradicciones de la época. Es bajo esta perspectiva analítica que Ernesto Quesada abordara los sucesos de la crisis bursátil de 1890 recurriendo a la literatura de la época. Con impecable capacidad para inducir al lector a recorrer las casi 200 paginas con las que cuenta *Dos novelas sociológicas*, Quesada sintetiza en un solo párrafo el nudo problemático a interrogar.

“Casi simultáneamente han aparecido dos novelas nacionales que parecen tener el mismo objetivo: en ellas la sociedad argentina es estudiada en la faz característica de la especulación bursátil y de sus desastrosos efectos. Inspirados esos libros por un sano espíritu literario y por el evidente deseo de trazar una *pintura* verídica de nuestra sociedad, *observada con mas o menos exactitud científica* en un momento dado, constituyen una manifestación interesante de vida intelectual, y rozan tan atrayentes cuestiones sociológicas que bien merecen detener un poco la atención del *lector imparcial* (...). Sin detenernos, con todo, en la parte puramente literaria de estos libros, la gravedad de las cuestiones que suscitan: *una sociedad cosmopolita en periodo de transformación, sacudida de raíz por la especulación desenfrenada; los males de la plutocracia; el antagonismo del capital y el trabajo; la usura y tantas otras cosas* –todo ello es mas que suficiente para provocar las meditaciones de cualquier lector, por indiferente que sea.”¹¹

El desarrollo actual de las sociedades modernas encuentra en Quesada la distinción entre aquellos países nuevos y aquellos otros llamados viejos. Esta distinción analítica entre nuevos y viejos países le permite encontrar ejemplos comparativos entre naciones que lógicamente deben transcurrir la historia bajo similares leyes de evolución. Teniendo en cuenta que dicha sucesión de leyes históricas varía temporalmente y no son ellas inmutables, la Argentina deberá ser comparada analíticamente con países nuevos como los Estados Unidos y no con

¹¹ Quesada, Ernesto. *Dos novelas sociológicas*. Cursivas mías

algunas viejas naciones europeas ya que estas en su desarrollo obedecieron a diferentes leyes históricas.

“Los *países nuevos*, como la Argentina, obedecen en las postrimerías de este siglo decimonónico, á *leyes históricas* bastante definidas (...) por lo que respecta á su *desenvolvimiento* como nación y al *desarrollo* material del país. Esas *leyes* son radicalmente diversas de las que rigieron análogos periodos en los tiempos antiguos y hasta en los modernos, por cuya razón los pensadores europeos que de dichos fenómenos se han ocupado y ocupan, obedecen en su mayoría á criterios en absoluto inaplicables al caso actual. Pero en la época contemporánea (...) el mundo ha presenciado ya *análogo fenómeno* en los Estado Unidos de la América del Norte, y si bien la maravillosa *evolución* política, social y material de aquel país, por tantos conceptos digno de estudio de los espíritus observadores, aun no han terminado y no pueda por ello en rigor científico considerarse comprobadas las *leyes* que hasta ahora parecen gobernar su desarrollo, no lo es menos que dicha *evolución* está próxima á tocar á su fin, y que *sin demasiada presunción pueden darse por aceptadas algunas de las leyes históricas hasta hoy claramente definidas.*”¹²

Sin modos de experimentación posible, la sociología debe anclar su cientificidad en la comprobación mediante la comparación histórica del desenvolvimiento de leyes análogas en diferentes países. Y si aquí el problema era la relación entre capital y trabajo, la crisis bursátil y la inmigración, no había mejor ejemplo de superación de estas disyuntivas que los Estado Unidos de la América del Norte.

Oigamos en Quesada una impecable relación comparativa entre países cruzada con la utilización de modelos físicos para la explicación social del problema inmigratorio:

“Los países de enorme extensión territorial y de tenue población civilizada abiertos de una manera inapropiada al desenvolvimiento universal (crítica a la política inmigratoria estatal de la época), fueron puestos en contacto con las viejas naciones, escasas de tierra y pletoritas de habitantes. Por la *ley natural de los niveles, el exceso de habitantes de las unas se precipito sin freno ni medida sobre el exceso de tierra en las otras.*”¹³

El desarrollo histórico conforme a leyes se encuentra atravesado por la lógica de la evolución en esta mecánica comparativa entre naciones. El país del norte logro introducir una política inmigratoria que, junto con el reparto de la exuberante tierra, pudo asimilar una pujante población extranjera. El flujo y reflujo de personas no siguió sino la misma evolución que el caudal de dinero circulante en aquella economía tan parecida a la argentina en su carácter especulativo. Es ella el modelo a mirar e imitar.

“Y este flujo y reflujo del dinero, en esta marea creciente y decreciente (nótese la metáfora marítima que homologa movimiento del dinero y naturaleza) de la especulación, junto con la formación de una ciudad colosal, quedaban en el campo de la lucha esparcidos los restos de los combatientes, á la manera de mártires del progreso, que de su sangre surgieran nuevos luchadores, y con ese formar y sucumbir de gentes y fortunas, producir el progreso de su país, de su metrópoli, para que jamás fuera mas cierto que el progreso de la patria se forma con las lagrimas y la sangre de varias generaciones de sus hijos.”¹⁴

¹² Ídem.

¹³ Ídem.

¹⁴ Ídem.

La incomodidad que encierran estas líneas en el lector no le quitan por ello brillantez analítica alguna. El análisis evolucionista de Quesada nos muestra el despliegue de una sucesión de leyes históricas que repitiéndose en varios países dejan la enseñanza del camino a afrontar. Quesada sabe que en el camino, inevitable camino de evolución y progreso, las naciones deberán atravesar por fases críticas en las cuales la asimilación de nuevos contingentes humanos acarrea las mismas vicisitudes que el ingreso y egreso del dinero circulante en una economía de especulación. En dichas fases, representativas de leyes inmanentes en la historia, Quesada no encuentra culpable a la manera de Ocantos y Martel. En él no son ya los turcos mugrientos, charlatanes ambulantes, mendigos, bohemios idiotas los que diseminan la fiebre de la especulación financiera como un virus por la sociedad argentina corrompiéndola en su ser como si lo eran para Martel y Ocantos.

La científicidad del análisis sociológico no puede quedar atrapada en la moralidad de la época. Todo rasgo de subjetividad debe quedar aislado en el análisis objetivo del científico social. Por ello es que Quesada, en lectura cruzada con las obras literarias analizadas, deberá centrar su foco por fuera de aquellos rasgos injustificables. Sin embargo, y como ya vimos, la lectura moralista y por momentos xenófoba de aquellas obras es descartada por Quesada en pos de un análisis evolucionista en donde la ley del más fuerte (o hábil) dejara resultado muy incómodos. Riesgos inevitables del desarrollo histórico.

“...así los habitantes de los Estado Unidos han querido vivir al vapor y á la electricidad, realizar en un día la obra de años, vencer a la naturaleza, domar el tiempo. Pero esto no se hace sin cruentos sacrificios y no en baldes *es ley natural que toda acción trae consigo una reacción*: á los empujones violentos de un periodo, han sucedido las crisis terribles de otro. En esa lucha han sucumbido muchos, pero el país en definitiva ha ganado.”¹⁵

Leíamos en Martel y Ocantos una encarnizada demonización de la institución bursátil. La Bolsa aparecía como aquella bestia mitológica que degenera las almas y corrompe la sociedad. Para Quesada el progreso de las sociedades modernas es inseparable de este tipo de instituciones financieras que la ley de evolución histórica nos enrostra en su momento de crisis. Pero es solo eso, un momento de febril crisis a superar siguiendo el ejemplo estadounidense, en el cual demonizar a una institución como La Bolsa solo degenerara una evolución tan necesaria como inevitable hacia el progreso.

“Ese grupo de individuos que manejan caudales como se remueve la arena con anchas palas, forman una verdadera excrescencia mórbida de aquella civilización anormal, y dominados, fascinados por la propia audacia, aumentan y aumentan sus fortunas (...) esclavos de la máxima tiránica, de que ‘el que nada arriesga nada gana’, caracterizando así a toda la nación, convertida en una fragua de riquezas. Verdad es que muchos caen, pero también es cierto que la caída de los unos es la subida de los otros y que con ello siempre sigue ganando el país

¹⁵ Ídem. *Cursivas mías*

transformándose sin cesar, sin cesar cubriéndose de vías férreas, de ciudades, de industrias, y de obras grandiosas.”¹⁶

Hay un progreso, y un costo que pagar. Quesada lo sabe y batalla entre dos frentes. A un lado, la subjetividad moralizante de inspiradoras y sociológicas novelas que es necesario desentrañar en pos de una certera y fundada objetividad científica. Del otro, la intelectualidad contemporánea que veía en la vieja europea la cuna de todos los modelos a pensar. Si por un lado había que separarse de los resabios colonialistas olvidando y segregando todo lo español que quedase en nosotros, por otro la construcción de una nacionalidad alejada de barbarismos locales hacia retomar la europeidad; sino española tal vez francesa.

Para Ernesto Quesada el camino de la moralidad no era el de la ciencia; y el sendero de una europeización sin espejos americanos donde mirarse llevaría a la nación argentina a una construcción política de estado que no representase progreso alguno.

“Tal es el carácter de la sociabilidad americana; tal el desenvolvimiento lógico de las países nuevos en la época presente.

Pues bien, la República Argentina ha comenzado ya a recorrer esa vía; se encuentra lanzada con empuje en esa dirección. Esta recién en los comienzos y puede decirse que esta en vísperas de renovar la marcha ascendente de su hermana del Norte. No cabe la mínima duda de que, dada la analogía de antecedentes y circunstancias, han de reproducirse igualmente análogos fenómenos, y que ellos, como es natural, han de ser regidos por idénticas leyes.

No pueden ocultarse los inconvenientes que acarrea semejante estado de cosas, pero hay que tomar la vida tal cual es y no tal cual uno la deseara. Lo que a nosotros se refiere debe, pues, estudiarse con criterio americano y aplicado éste, quizá desaparecerá gran parte del desaliento que invade a muchos. Estos, formados en su inmensa mayoría al calor de una cultura casi exclusivamente europea, se encuentran azorados ante hechos que parecen desastrosos y sin remedio a la vez, creyendo encontrarse en las vísperas de algún nuevo *año mil*, tan solo porque sufren las consecuencias de una crisis naturalísima, reacción de un periodo de exagerado empuje.”¹⁷

Las metáforas biológicas y médicas se suceden en el texto, pero es repetida aquella acerca de la incoherencia de eliminar a un individuo porque éste delire. El delirio de la crisis bursátil es asimilado a un profundo estado febril, y sería una aberración a los ojos de Quesada suprimir la institución bursátil por el simple hecho de que momentáneamente se encuentre enferma. Hay que intervenirla, y no demonizarla. Para Quesada no hay mejor médico en esta situación que el Estado y los expertos.¹⁸

La inspiración que las novelas de Martel y Ocantos despiertan en Quesada se vuelve capital cuando este encuentra en ellas su talón de Aquiles: han dado por causa de todos los males a la especulación bursátil, siendo esta solamente el efecto de un síntoma alentador y

¹⁶ Ídem.

¹⁷ Ídem.

¹⁸ Pedido en parte insólito si recordamos su adscripción al régimen juarista de un claro tinte liberal, que no dudo en vender todos los bienes del estado ante la imposibilidad de saldar los empréstitos adquiridos y equiparar la balanza comercial.

natural; el progreso. La lucha especulativa y financiera en el mundo bursátil no es sino la repetición de la lucha natural de la vida. Cual Hobbes, Quesada detestando fervientemente el instante en el que el hombre se convierte en lobo del hombre, pide a gritos mayor institucionalidad. El Estado, conjuntamente con los más capaces en la selección natural del mundo bursátil, deberá intervenir alejando a aquellos elementos de incauta irracionalidad que quiebran la armonía.

“Es en esos momentos que se desarrolla la especulación loca que es el prelude de ya previsto resultado. El fiasco de la intromisión de tanto elemento incauto tiene que ser estrepitoso, y por sus conexiones con el resto de los negocios en todas las esferas sociales, produce esos *krachs* que parecen conmover por momentos al país entero.

¿Tiene de ello la culpa exclusiva la Bolsa? ¿No es el agiotaje insensato originado, fomentado, precipitado por la masa de gente de afuera?”¹⁹

La científicidad sociológica propuesta por Quesada, preocupada en los conflictos sociales entre capital y trabajo, y de sólidos fundamentos positivistas y spencerianos encontraba en la literatura sensibilidades comunes a interrogar. Marcar los temas comunes entre sociología y literatura mientras se separa intenciones y estilos propios a cada una, eran tareas que para Quesada aseguraban en la ciencia que él practicaba, una palabra que no desmerecía la de los poetas y escritores cuando se reclamaba analizar los sentimientos de derrumbe financiero con templanza científica y optimismo social. Comprendía perfectamente que la sociedad que le tocaba vivir estaba atravesada por sentimientos que el novelista podía calificar con destreza; pero sería el saber sociológico el que ordenaría en los adecuados anaqueles de la razón, a dichos “estados del alma” social que acompañan el pasaje al ansiado mundo moderno.

“En nuestros días se da el nombre de neurosis a lo que Balzac llamaba, simplemente, intemperancias del deseo. La locura y el suicidio son los resultados desastrosos de ese estado de alma.”²⁰

Aquí se encuentra encerrado el sentido que Quesada encontraba en la interrogación sociológica de la literatura. El científico debía *nombrar* apropiadamente esos mismos estados de la conciencia que ya había ensayado el artista. Tal vez la sentencia de Nietzsche acerca de que quién tiene el poder, es aquel que nombra las cosas no haya escapado al primer sociólogo que conocieron institucionalmente las cátedras universitarias argentinas.

Algunos años después de la publicación de *Dos novelas sociológicas* Quesada redactara un informe para la revista de la Universidad de Buenos Aires llamado *La sociología. Carácter científico de su enseñanza*. En el, la posición de Quesada en torno al nexo indisoluble entre sociología y política quedara por demás explicitado al afirmar que la sociología era la ciencia

¹⁹ Ídem.

²⁰ Ídem.

social por excelencia que brindaba a los jóvenes universitarios el conocimiento acerca de la organización social necesario para formar “buenos ciudadanos” destinados a participar activamente en el sistema político democrático del país. La sociología era una ciencia nueva y prometedora, *“pues se considera su influjo en la política nacional tan decisivo y capital como lo ha sido, respecto de la técnica que ha transformado la civilización del mundo, el de las naturales con sus descubrimientos”*.

Tal vez ante una crisis social y económica que se manifestaba en masivas movilizaciones obreras por las calles de Buenos Aires, ciudad desbordada de inmigrantes ultramarinos y febrilmente enferma de especulación bursátil a fines del siglo XIX, Quesada haya vislumbrado la relación constitutiva entre saber y poder. Los fundamentos evolucionistas de su científicismo positivista parecen limpiar de toda culpa en la historia nacional a un régimen juarista que él apoyaba políticamente. La transformación hacia la modernidad se manifestaba momentáneamente en una crisis financiera naturalmente conforme a leyes históricas; allí el ojo del científico veía evolución, no revolución. Tal vez Graciela Ferrás acierte al decir que de la mano de Quesada la sociología había sido despojada de una crítica radical al capitalismo y, consecuentemente, la revolución había sido declarada imposible; tan imposible como lo era el cambio social para Cané. Ambos, –dice Ferrás y suscribo- por diferentes razones, en nombre del positivismo negaron la acción transformadora de las masas; ambos consideraron que los protagonistas de las reformas sociales y políticas o la conservación de *status quo*, eran los portadores del poder: la elite dominante legitimando a un Estado en pronta transformación. Cambios de apertura social y políticas públicas de inclusión, serían prontamente analizadas por el científico social y ejecutadas por el político con un único y nuevo fin: mantener un orden social.

٤

Diríamos que una premonición es lo que le está dado como promesa natural a la literatura. Que si logra tocar la palabra secreta de un cierto tiempo ocurrido, se sitúa en disposición de hablar para el futuro...
H. González

Me he ido repitiendo una misma pregunta a lo largo del texto en torno a aquello que Quesada y González encontrarían en la literatura. Un documento epocal, he respondido en Quesada mostrando la pintura de la crisis bursátil de 1890; mientras que en González anuncie el abordaje de una cualidad ahistórica del ser humano en sociedad: el poder.

González encuentra en la enferma lengua de Arlt la mejor descripción de extrañas cualidades en la política y su ejercicio del poder. La neurótica lengua arltiana encierra el

fondo mismo de la paranoia política. Esa lengua irracional, fijada entre lo ficcional y lo histórico, entre el sonambulismo y el periodismo, encierra en sus metáforas y alegorías el anuncio de un ser de la política siempre actualizado en la historia.

Es el abordaje de ese paisaje sociológico nombrado por Nisbet (el poder) lo que González encuentra como sociológicamente relevante en Arlt²¹. Es su literatura, aquella lengua enferma, la que logra dar cuenta de la esencia misma de un poder político siempre escondido en los augurios de la historia. La relevancia sociológica que González encuentra en Arlt se halla localizada en su capacidad de anunciar los planes fraudulentos de una política de dominio sin capacidad alguna de moralizar su lectura. Sin embargo, el fondo último de su relevancia no está en lo que dice, sino en el cómo lo dice. Lo dicho y descrito ya lo conocíamos dice González; sin embargo es la lengua arltiana la que encierra la potencia de lo dicho. Es su modo de enunciar y anunciar la repetición histórica de los planes del poder lo que atrae al sociólogo.

Según González la literatura de Arlt nos viene a decir que la política es el abismo donde se desmorona la verdad y la turbia institutriz que nos lleva a abandonar la intención recta. Que la historia es la manifestación obtusa de un pensamiento roto por su costado pérfido y satánico. Que la vida pública es la revelación de fuerzas enigmáticas que prometen oscuras atrocidades. Que el poder es un embeleso marchito, relleno con una semilla demoníaca.

“¡Pero estas lecciones ya las sospechábamos!” dice el ensayista admitiendo una premonición incomprobada, una creencia casi infundadamente palpable. Pero más allá de la certera descripción arltiana del poder, lo que angustia a González es la capacidad que la lengua de esa escritura tiene para encerrar un anuncio pronto a actualizarse. Leamos lo subrayado por González en la descripción que Arlt hace de la política para luego si meternos en el problema de la lengua; el problema de las *literaturas de anunciación* como el sociólogo las llama.

Recorriendo las *Aguafuertes*, González intercala su pluma con la de Arlt mostrando los dichos de un político de profesión, un diputado que en diálogo con otro aclara:

“¿Hay algo serio en nuestra política? –Nada; absolutamente nada. Mirá,...cuanto más sinvergüenza, audaz y desalmado es un político, más lejos va (...) En el trato con centenares de interesados en distintos negocios, nos volvemos falsos, sinuosos, pérfidos, canallas. Para uno de nosotros, *salvo yo que hablo con vos*, no hay

²¹ He utilizado reiteradamente las ideas que Nisbet extrae de la pintura (paisajes y retratos) para volver a vincular a González y Quesada luego de haberlos separado en sus disímiles adscripciones temporales de la obra de arte. Este nudo vinculante entre ambos autores es uno de los puntos interesantes a interrogar que por limitaciones de espacio no he podido desarrollar. En especial la idea de paisaje y pintura aparece reiteradamente en Quesada y el paisaje del poder es aquel al que González dedicara su análisis. Ver Robert Nisbet, *La sociología como forma de arte*.

nada serio ni respetable'. Hemos remarcado la expresión que acabamos de escuchar de nuestro diputado: '*salvo yo que hablo con vos*' (González). Aquí debemos hablar de un plano específico de reconocimiento. ¿Qué se reconoce? Se reconoce al semejante confesional, ante el cual el mundo pierde momentáneamente su avería; el prójimo que se elige para la terrible confidencia, poniéndose entre paréntesis la lucha."

Se ha suspendido una lucha entre pares de la cual González rescata la esencia embaucadora de la descripción política arltiana. Cruzando lecturas rusas y argentinas (Dostoievski y Arlt) González logra dar cuenta de una misma descripción esencial del poder: la eficacia de su ejercicio no depende de la sinceridad de su acto sino del embaucamiento.

"Se entiende entonces (dice González) que los sombríos sacerdotes de los cultos lóbregos del poder -el Astrólogo, el Gran Inquisidor- se ocupen de pensar el milagro como un espectáculo de acusación de almas. 'La mayoría vivirá mantenida escrupulosamente en la más absoluta ignorancia, circundada de milagros históricos, y la minoría será la depositaria absoluta de la ciencia y el poder', dice el Astrólogo."

¡Pero estas lecciones ya las sospechábamos! reiterara el sociólogo sin quitarle merito ni relevancia sociológica a la descripción de este paisaje político que encierra el poder en Arlt. Será la lengua enferma en Arlt, el recurso analítico sobresaliente que González utilizara para describir la enfermedad embaucadora de un poder paranoico. Para aquellas sospechas no existe la capacidad de predicción calibrada y deducida del ser razonante; ese presentimiento, esa sensación de lo ya sabido, solo se cumple al carcomer la lengua con la enfermedad mental.

"Es que la anunciación no puede ser menos que un lenguaje del desconcierto psíquico. El don de auscultar lo que vendrá perdería su capacidad de augurio si no tuviera a su servicio una lengua excéntrica y perturbada, en lo posible hinchada de alegorías. Las alegorías mantienen en su ritmo y su ser una propensión natural a la prefiguración de lo que será."²²

En Arlt, en su literatura, la capacidad de vaticinio o enunciación no esta en lo que manifiesta sino en la lengua en que lo hace.

"Entonces no seria difícil imaginar que su capacidad de vaticinio tiene que ver con la comodidad con que ubica a la política en un abismo de tenebrosidad, allí donde habitan las conciencias endemoniadas y conspirativas. Podría decirse que Arlt despliega una visión de la política sobre la que fácilmente acertaría si la califica de tortuosa, pero lo hace en el lenguaje del caos anímico primordial."²³

González reclama que aquello que hay que explicar no es la facultad profética de Arlt sino porqué su literatura permanece como lectura viva a pesar de que su profecía estaba preparada desde el comienzo para derramar su eficacia, época tras época. La respuesta a ese porqué la encuentra en la enferma lengua de Arlt. Es ella, esa lengua extrañamente familiar, la

²² González, Horacio. *El problema de las literaturas de anunciación*; en *Escritos en carbonilla*.

²³ Ídem.

que permite que la literatura arltiana se mantenga como lectura viva. Es esa lengua, ajenamente propia, la que nos interpela época tras época recordándonos desde la escritura misma de *Los siete locos* nuestra propia locura ocultada, cuando al volver de Témperley el Astrólogo le diga a Erdosain,

“Lo que llamamos locura es la decostumbre del pensamiento de los otros; vea, si ese changador le confesara las ideas que se le ocurren, usted le encerraría en un manicomio”.

Al decir de González,

“La locura es toda idea reservada de los individuos. La ‘decostumbre’ se produce cuando lo que debe permanecer en la intimidad pavorosa de los sujetos, emerge a la luz pública en estado confesional y sin las cautelas que permiten las ‘costumbres’. Todo pensamiento interno es locura; toda familiaridad es, en cambio, el ámbito en que toda locura se disimula”.²⁴

Es esa enfermedad mental con la que se escribe la literatura de Arlt y nos interpela de continuo, la que se produce entre el pensar intimista y la práctica pública. Entre lo imaginado y lo manifestado. Es esta, aquella misma lengua excéntrica y perturbada, llena de metáforas y alegorías la que logra encerrar la posibilidad de un anuncio. La profecía de Arlt, los planes siempre delirantes de dominio en la política, no puede sino encarnarse mejor que en el Astrólogo; aquel personaje que logra en su ser vaticinar el futuro sin tener más nombre propio que ese: Astrólogo. Genialmente configurado, la capacidad de vaticinio de la astrología no encierra la certera rectitud de la ciencia. Esa profecía anunciada mediante metáforas y alegorías, será siempre manifestada por una lengua excéntrica y perturbada sin preedición calibrada y deducida. Es la lengua propia del Astrólogo la que públicamente se manifiesta quebrando las mediaciones sociales de la costumbre.

Esa enfermedad mental que encubre la escritura arltiana se inscribe en los temidos espacios de una neurosis originada por el cruce siempre en tensión entre lo público y lo privado. Cuando entre ambas esferas se produce un rutilante desacople, la neurosis se manifiesta. Arlt escribe en la lengua de la neurosis *dando* (como decía Macedonio Fernández) *lectura loca, no locura*.

“Creemos que la experiencia de la locura en Arlt, no solo podría referirse a las características ostensibles de sus espantajos literarios, sino a algo más indefinible que vagabundea en el temor insidioso que aun causa su lectura. *Temor*: un temor inaudible, no un temor asumido. Un temor invisible y más importante en la medida que se halla emancipado de la voluntad del lector, que aun cree que leer es dominar una materia, y no como sucede a diario, ser señoreado por ella.”²⁵

²⁴ González, Horacio. *Arlt, política y locura*.

²⁵ Ídem.

Es el temor de atravesar una lectura loca que logre dar cuenta de la lengua de una locura propia la que nos atrae de Arlt. Esa neurosis siempre latente en nosotros es la lengua que Arlt mejor conoce y a través de ella nos deja al desnudo. González tiene esa certeza; es la lengua en la que se escribe la novelística arltiana el lugar fundante que anida el vaticinio anunciado. Nos enrostra el saber de una comprobación incomoda; “no es nueva la comprobación de que con Roberto Arlt estamos ante *el problema de las literaturas de anunciación*” nos dice al pasar. Arlt viene a erigirse como un miembro más de un grupo de escritores capaces de anunciar el porvenir, y esa capacidad (que podría ser una satisfacción a los ojos del lector) se vuelve un problema en sí mismo.

El problema de esas literaturas, de las que Arlt tal vez sea el más ilustre ejemplo nacional, es su lengua. Una lengua que siendo la nuestra no nos pertenece, la oímos dentro nuestro pero no la hablamos, podemos leerla, y entendiéndola existe en ella algo que difícilmente podamos explicar racionalmente. Esa escritura arltiana logra cruzar la imaginario y sonambular con lo histórico y periodístico creando alegorías y metáforas que encerrando el fondo mismo de un ser político ya sospechado, logra erigirse en lengua profética. Es el modo en el decir arltiano el que logra dar cuenta de una inmemorial enfermedad del poder que época tras época será reactualizada. La anunciación de la literatura de Arlt se encuentra en su capacidad de hablar la lengua de la profecía, lengua que cala a la razón desde dentro de su propio seno.

El modo de construcción de personajes netamente ficcionales con claros rasgos de anclaje históricos se repite en el enfermizo entrecruzamiento imaginario de cualidades propias de la política con extraños y sitiados sucesos históricos. Si en primer lugar encontramos en Arlt que los abstractos planes de dominio político y las alucinaciones despiadadas, son siempre foráneas al almanaque de la historia,

“...de inmediato se nos presentan las alusiones al ‘escritor y su época’, ese año 1929, que, como un meteoro o una batalla exige una identificación bien datada. Al fin, quedamos sin saber qué partido tomar para juzgar la temporalidad de la novela. O se nos impone una recurrente impiedad que busca la salvación a través del poder, o surgen los nombres históricos con que los acontecimientos nos remiten a una alarmante profecía sobre el presente. O una antropología negativa o una alerta sobre la historia; o los visos de una moral escéptica o el esfuerzo político a una radicalizada energía ética.

Porque si Arlt nos ofrece copiosamente la idea de un sonambulismo político, donde la materia a considerar es la *eterna brutalidad* de las decisiones de los poderes históricos, también nos tropezamos con una legión de nombres emanados de la crónica de la actualidad, que pueblan la novela con un *Mussolini* o un *Lenin*, noticias periodísticas de un presente espumoso y vivo. *Sonambulismo y periodismo son las dos fronteras de la historia en la novelística arltiana*. Con esto se circunscribe el territorio de una neurosis.”²⁶

Es Arlt la neurosis de una lengua que encierra en su escritura una profecía sobre la sed de dominio en el poder al fusionar magistralmente la historia y lo irreal. Es esa lengua neurótica

²⁶ González, Horacio. *Arlt, política y locura*. Cursivas del autor.

encerrada en metáforas y alegorías sobre un presente inmemorial, la que logra erigirse en el lamentable anuncio de vaticinios recurrentes. La relevancia sociológica de esta interrogación de Horacio González por la obra literaria de Roberto Arlt se encuentra repartida entre esos dos puntos inseparables que son su capacidad de describir el poder en toda su tortuosidad sin caer en una escritura moral²⁷ y hablar una lengua neurótica que encierre metafóricamente la anunciación de la repetición en la historia de acontecimientos de un poder siempre paranoico.

Estos dos puntos rescatados por González se encuentran separados en los textos que hemos recorrido por una distancia de siete años. Sin embargo ambas tesis se hallan en uno y otro texto; tal vez una con más fuerza que la otra en cada uno de ellos pero siempre presentes. Si en el 2003 el sociólogo declara que en Arlt nos encontramos con una literatura de anunciación por el modo en el que su neurosis narra los planes paranoicos del poder²⁸, es porque ya en 1996 decía,

“La fantasía arltiana anunciaba un nuevo derecho basado en la secreta admiración del crimen, maltrecha alegoría que derramaba su fuerza oscura por las ondas inquietas de la historia argentina. ¿Pero que es anticipar, cuando esa anticipación queda bajo la responsabilidad de una obra literaria? Podemos responder con una afirmación y otra pregunta. Si una obra hace descansar su energía en la anulación del juicio sobre el crimen, dejándolo en estado fascinante, aunque implorando en el lector una implícita condena, se coloca ante los lectores futuros con una intacta fuente de vaticinio. Cuanto mas intensa es esta exhibición de sentimientos del confín de lo humano, mas habrá de ser reclamada como anaquel de profecías. ¿No es este el estado profético de una literatura lo que demuestra que su único tema es el lazo de connivencia que establecen la política y la locura?”²⁹

٧

Ernesto Quesada y Horacio González se erigen así en dos instantes constitutivos de la pregunta por la relación entre sociología y literatura: origen y actualidad. Quesada, defensor acérrimo de la cientificidad sociológica encontró durante los primeros pasos académicos de este nuevo saber, que la literatura podía ser no solo una fuente de inspiración sino también un documento histórico inexpugnable del que el sociólogo debía extraer nombradamente aquello que el artista había ensayado. Por su parte González ensaya un narrativa sociológica que logra dar cuenta de la potencia anunciatoria que la literatura nos lega al encerrar en su lengua los planes delirantes de un dominio político sin anclaje epocal.

Con sus diferencias temáticas, conceptuales y epistemológicas, estos dos sociólogos nacionales han conseguido dejar en claro que la interrogación sociológica por la literatura no ha pertenecido, ni le pertenece hoy, a ninguna tradición sociológica en particular; sino que forma parte constitutiva de la sociología nacional.

²⁷ Reacuérdate el problema que para Quesada esto causaba en Martel y Ocantos.

²⁸ Como bien nos recuerda González, la paranoia no es sino la excepcional enfermedad del poder.

²⁹ González, Horacio. *Arlt, política y locura*.

